

Nº 540
12
Noviembre
2021
Viernes



La vivienda como problema

Emilio Álvarez Frías

Este es un problema difícil de solucionar, pues tiene dos vertientes: por un lado faltan viviendas para las familias de escasos ingresos, y por otro hay una abundancia considerable de viviendas de altos precios. En el primer caso, no se construyen viviendas baratas por dos razones: la empresa privada no puede hacerlo porque el costo no resulta económico, aparte que su actividad busca un beneficio justificado –aunque no son pocos los casos en los que el beneficio se pasa de la raya–; y por otro, el Estado, que, como piensan otros, sería quién podría hacer los posibles para construir viviendas más



económicas, dado que dispone de solares y no ha de buscar el beneficio en la construcción. Pero el Estado hoy no se implica en la tarea y, a cambio, lo que es más sencillo, se adapta a lo que persigue la ideología comunista de romper la empresa privada mediante la cesión por parte de esta, a precios económicos, esas viviendas caras que por un medio natural va vendiendo poco a poco.



Complementariamente está el alquiler, negocio que los emprendedores explotan con el fin de obtener una rentabilidad de la inversión realizada, produciéndose, normalmente,

un alza continuo por ir aprovechando el incremento constante del costo de la vida, lo que impide que las economías más débiles puedan acceder a esas viviendas. Probablemente también habría que culpar, en cierta medida, a esos propietarios que poner unos precios enormemente elevados, rayando no poco en la codicia.

No es la primera vez que en España se da la circunstancia de que falte vivienda para los más humildes y para las nuevas generaciones que no encuentran la forma de salir de casa de sus padres. Pero, en la última ocasión que ocurrió esto, y de la que tenemos memoria, el Estado tomó las medidas oportunas para solucionar el problema. Nos estamos refiriendo al periodo de la posguerra española, cuando había escasez de todo, incluso de la vivienda.

Mas, ¿qué hicieron las autoridades de entonces? Coger el toro por los cuernos, pensar, y tomar las medidas necesarias para, en más o menos tiempo, solucionar el problema, lo que se consiguió.

Las medidas tomadas fueron sencillas. España estaba destruida, habían desaparecido pueblos enteros, en no pocas ciudades se habían derruido edificios de todo tipo, como hemos dicho, faltaba de todo, pero muy principalmente vivienda. Para su reconstrucción se crea, como primera acción, la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones que tomó con empeño ir arreglando el espacio nacional en esta materia; se creó el Instituto Nacional de la Vivienda que se ocupó de controlar cuanto se refería a esta actividad; surgió el Plan de Desarrollo; la Obra Sindical del Hogar levantó barrios enteros por toda España,... Y, por medio de las medidas que se iban tomando, se reconstruyeron pueblos destruidos durante la guerra y se crearon otros nuevos, surgió una Ley de vivienda protegida, nació una Cooperativa de la vivienda con el fin de fomentar la construcción por el sistema cooperativo de sus propietarios; la Banca oficial facilitó créditos a largo plazo y con amortizaciones reducidas, sin interés o con bajo interés; la banca privada siguió los mismos pasos;...

Lo que apuntamos como posibles sugerencias, de una forma desordenada, no tiene otro objetivo que traer el recuerdo que, poniéndose a trabajar es posible conseguir solucionar problemas que parecen irresolubles. No hemos precisado ni todos los organismos que se pusieron en marcha, ni toda la obra que si hizo, ni que España carecía de hierro, cemento, maquinaria pero supo ir solucionando los problemas que surgían, montando las fábricas adecuadas, los altos hornos, las cementeras, gracias a ello los españoles consiguieron su vivienda en propiedad, subieron de categoría menesterosa a clase media, y crearon la posibilidad de que hoy vivamos como lo hacemos. Por supuesto, en todo ese hacer no figuraba ninguna de las ideas comunistas que ahora plagan las decisiones del Gobierno de España.

Es posible emprender la tarea de dotar a los españoles de vivienda. No es un problema difícil si uno se lo propone. Con ello no será preciso atentar contra los que tienen viviendas vacías como pretenden algunos por falta de imaginación, ni está justificado permitir que los okupas entren en viviendas desocupadas, incluso con sus moradores dentro, y cuasi gocen de inmunidad ante la Autoridad del Orden Público, como piensan otros.

Para colaborar con esa construcción que propugnamos, prometemos dotar de botijo a todos los tajos donde se trabaje en la tarea de levantar viviendas. Para ello ya hemos acordado con unos cuantos alfareros de La Mancha el suministro de los botijos que sean necesarios, del tipo habitual en estas obras, que nos ocuparemos de entregar en cada una mediante la joven manchega que nos acompaña en esta ocasión.



Nota: Al ilustre Iván Redondo tuvimos la mala fortuna de apellidarlo Rodríguez en nuestro artículo anterior. Que él y Dios nos perdonen por la errata

injustificada, y que ello no eche por tierra su master denominado *The Situation Room*.

* * *

Protesta universal

Tomás Salas

El regusto que nos deja la actualidad, después de sumergirnos un rato en su variopinta movida interminable, es el de una protesta universal. Todo el mundo se queja de algo. Todo el mundo está descontento de algo. Y todo el mundo pide algo.

La ley en la que se basa cualquier ciudadano, creída como un dogma no necesitado de demostración, tiene un artículo primero y principal que dice: yo tengo derecho a... Todo hijo de vecino pide. ¿A quién? ¿Hay alguien, alguien institución o persona que tenga capacidad de atender tantas demandas y al mismo tiempo? Es imposible. Todo el mundo protesta. ¿A quién? ¿Hay alguien que tenga el omnímodo, casi infinito poder de recoger, valorar y contestar a todas estas protestas? Nadie en nuestra sociedad sabe disimular su dolor, molestia o desgracia. Como la escuela de los filósofos cínicos, que mostraban sin pudor sus defectos y taras.



Recomiendo, como antídoto a este descontento general, la lectura de una de las páginas más bellas de la literatura española, el Tratado III de *El Lazarillo del Tormes*, que nos cuenta «Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él». Lázaro, después de haber pasado por unos cuantos amos despiadados y tacaños, viene a

dar con uno de buen porte y agradable trato. Augura, erróneamente, que con él mejorará su mala vida. Pero este pobre escudero es tan desgraciado como Lázaro. Empobrecido –nunca fue rico, de todas formas– tiene que ocultar su indigencia sin perder la compostura, sin descomponer su cuidada imagen. No puede quejarse, ni siquiera reconocer su hambre. A pesar de su disimulo, no creo que su actitud pueda ser tachada de hipocresía. Un fondo de fortaleza estoica –ese estoicismo tan hispano, del que María Zambrano ha escrito cosas bellísimas–, de nobleza quijotesca nos lo hace simpático. Hay algo que lo coloca en un plano de superioridad moral: no exige a los demás, sino a sí mismo. Su vida es un esfuerzo de autodisciplina y renuncia. Con los demás es amable y comprensivo. Nadie imagina al pobre hidalgo empobrecido protestando, lamentando su suerte o, simplemente, quejándose. Sería curioso saber qué pensaría nuestro personaje, ocultador de sus hambres y remiendos, esclavo de su imagen, de esta situación de impúdica quejumbre, de esta protesta universal.

* * *

Ya llega la tercera bofetada para Sánchez

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

Veinticuatro bofetadas cantaba Lorca en su romancero. Sánchez va a por la tercera. A recibirla. Y otra vez en tierras lorquianas, en Andalucía, allí donde recibió la primera. Apenas llevaba seis meses en su mullido colchón de Moncloa cuando ocurrió el hundimiento de uno de los símbolos más lustrosos del socialismo nacional. El granero de votos, reserva viva de la izquierda, la llave de la Moncloa, el estandarte de la rosa pasaba a manos de la derecha... Nada se desvanece con mayor estruendo que la negación de la realidad y los tópicos.

Juanma Moreno, actual presidente de la Junta, se ha hartado de coleccionar razones para disolver y adelantar las elecciones. Los presupuestos serán buena excusa. Ha intentado cerrarlos con el PSOE, y a punto estuvo, pero a



Juan Espadas, investido ahora candidato mayor, le cortaron las alas desde Madrid. Con Vox las cosas andan peor. Se esquivan y se rehúyen. No se entienden. Todo se torció desde la moción de censura en Madrid y el bofetón non grato en Ceuta.

El presidente andaluz, superada la fase de las dudas, se muestra decidido a dar el paso. Le avala una gestión pulcra y prudente, una notable aceptación popular

y un favorable escenario. Ha consumado, contra pronóstico, lo que por allí llaman «el trienio del milagro». Además, ha de darse prisa porque las mareas blancas del sindicalismo sanitario, tan activo cuando gobierna el PP y tan mustio y silente donde lo hace el PSOE, agita las calles y los ánimos con una ferocidad desmedida. Un griterío que desgasta.

Cuenta a su favor, además, con un elemento sobrevenido. Dado que su rival directo, Juan Espadas, mediocre alcalde de Sevilla, apenas es conocido y, menos aún, valorado fuera de su ciudad, Pedro Sánchez ha decidido asumir el protagonismo de la futura campaña andaluza, con lo que, a decir de los estrategas de San Telmo, es garantía del gran trompazo. La popularidad del actual presidente del Gobierno está hecha jirones, como el sayal de los figurantes de *El gran duelo*, una piltrafa andrajosa. Por donde pasa le chiflan o le huyen. Resulta más antipático que rebuzno de Xavi Hernández, catarí que te vi, y más odioso que politólogo con verborrea.

Estuvo en Torremolinos, en el 14 congreso del PSOE andaluz. Le aplaudieron cuatro y le ovacionaron tres. Poca gente, menos entusiasmo. «La pandemia, ya sabes», se decían unos a otros, entre codazos, hartos de la incómoda visita. Se abrazó un poquito con Susana Díaz, que, naturalmente, lo quería degollar, y desterró el himno de Andalucía en el cierre del cónclave sin mayores explicaciones. No pisó la calle, no saludó a la gente, apenas se dejó ver. Blindado,

protegido y custodiado como una reliquia frágil y temerosa, soltó su discurso y volvió raudo al colchón del despacho.

Sánchez espanta votos. Su Gobierno aniquila a los votantes. Todas las medidas que emanan de la Moncloa dan pavor. Al precio de la luz y del gas, que no sólo colea sino que aún estremece, se ha sumado ahora una cascada imparable de subida de tributos, tasas, cargas fiscales de todo tipo. La titular de Hacienda, con ese verbo insensible y atragantado, que ni la ideología ni la causa justifican, se cachondeó de los contribuyentes con su famosa frase de «el lunes arreglo lo de la plusvalía, hombre claro, dicho y hecho», que ha pasado ya a la antología del disparate cantinflesco. Así piensan, así hacen. El bolsillo privado no es de nadie salvo de ellos.



Plusvalía municipal –ese impuesto reincidente, redundante, alevoso e inconstitucional–, autopistas, diésel, autónomos, tasa Google, cotizaciones de empresarios y trabajadores, castigo al ahorro, a la inversión, a los planes de pensiones, sin entrar en el monstruo de la inflación y sus derivados en forma de aumento de precios de bienes de primera necesidad, como alimentación y transporte. Un menú desbordado de espantos que se antoja indigesto.

Nadie, ni siquiera Kennedy redivivo, sería capaz de un triunfo electoral con semejante decorado.

Los demóscopos auguran un triunfo claro del PP, que pasaría de los 26 escaños actuales al medio centenar, a apenas cinco tan sólo de la mayoría absoluta. Ciudadanos retrocederá, está escrito y sentenciado, pero retendrá los respaldos suficientes para ser decisivo en el cambalache de formación de Gobierno. Esta vez no hará falta el apoyo externo de Vox, de acuerdo con todos los pronósticos, que aún no evalúan el efecto que pudiera tener una posible candidatura de Macarena Olona. No gozará Espadas de ese deprimente consuelo de ganar pero no gobernar, que sí logró Susana Díaz antes de convertirse en senadora y mártir.

El serio aviso de Bruselas

Será la tercera bofetada electoral que acogerán las graníticas mejillas de Sánchez. Andalucía hace tres años. Madrid, hace seis meses. Y otra vez Andalucía. Vendrá pronto Castilla la Vieja, que también. Y Valencia, que quizás. No llegará Sánchez hasta las 24 bofetadas del poema lorquiano. Quizás ni siquiera alcance a las uvas del año próximo. Este Gobierno, de una ineptitud prodigiosa, parece empeñado en precipitar su extinción. El PP pugna ahora por evitarlo, por mantenerlo más tiempo en el poder. Casado y Teodoro se afanan en ello, un jugueteo que se antoja incomprensible.

Cuando se concrete la cuarta bofetada electoral, que llegará, y con los primeros trompetazos que retumben desde Bruselas, que los habrá y bien sonoros, el señorito fatuo y feliz empezará a empaquetar su colchón de la Moncloa y el sanchismo se habrá evaporado con más entusiasmo popular que cuando llegó. Aunque ya tenga Presupuestos. Aunque siga medio Frankenstein. Al tiempo. Andalucía la sultana habrá propiciado el anhelado prodigio.

* * *

Nicaragua: Crónica de una reelección anunciada

Jaime Septién (*Aleteia*)

Por cuarta ocasión consecutiva, Daniel Ortega (76) será presidente de Nicaragua y por segunda ocasión, también de forma consecutiva, su esposa, Rosario Murillo, será vicepresidente de este país centroamericano (Ortega la llamó, recientemente, «su copresidenta»).

Con una débil, casi nula, oposición; con los principales adversarios políticos detenidos, encarcelados o exiliados, Ortega se alzará con la victoria en lo que observadores políticos del país y del extranjero han calificado como «una pantomima».

Acorde con los efectos de la represión a los reales o supuestos opositores y a la desaparición de los partidos políticos y la prensa que pudiera objetar su cuarto mandato, la oposición pidió a los nicaragüenses no salir a votar el domingo 7 de noviembre.

La Iglesia, asediada

Durante todo el proceso previo a la jornada electoral, la Iglesia católica de Nicaragua, asediada por la pareja presidencial y por sus leales, advirtió que no había condiciones para tener elecciones democráticas. Y, en efecto, no las hubo.



No solo se elegía presidente de la nación, sino también 90 de los 92 escaños del Congreso nacional y la totalidad de los representantes nicaragüenses en el Parlamento Centroamericano.

Aunque las votaciones fueron ordenadas, sin incidentes reportados y las urnas cerraron a tiempo, quizá no sea necesario esperar el recuento oficial de los votos: serán a favor del gobernante Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Secuestro de opositores

Para asegurarse que no hubiera incidentes, según una alerta emitida el sábado 6 de noviembre por la organización opositora Azul y Blanco, personas allegadas al régimen y fuerzas policiales y paramilitares secuestraron el sábado por la tarde y por la noche a opositores.

Por su parte, la Alianza Cívica, otra coalición de oposición que aglutina a diferentes grupos socioeconómicos del país, denunció «hostigamiento, vigilancia, intimidación, asalto, ataques, detenciones ilegales y arbitrarias» de algunos de sus líderes en Nicaragua.

Por si fuera poco los observadores internacionales presentes en las pasadas elecciones nicaragüenses no tuvieron acceso a éstas. El Gobierno acreditó a 232 «compañeros electorales», en su mayoría de gobiernos y partidos de izquierda.

Crisis de Nicaragua

La presencia de «observadores» aliados era para que dieran fe de que había una nutrida votación, aunque ciudadanos consultados por agencias internacionales de noticias dijeron que o estaban las urnas vacías o los que votaron eran personas del Gobierno a las que se les tomó asistencia.

Con los resultados favorables en la mano, Ortega se prepara para seguir gobernando con mano de hierro un país que enfrenta varias crisis juntas: la de la covid-19 (a la que el Gobierno ha minimizado); la crisis económica (con el aumento de sanciones de Estados Unidos y la Unión Europea) y la crisis de miles de exiliados que ha dejado la represión desde que estalló el conflicto interno en abril de 2018.

* * *

Despertar vs dormir

Constantino Quelle Parra

Despertar. Por fin... no es fácil.

No sabemos si estamos durmiendo hasta que despertamos. Y hay tanto durmiente en esta vida; durmientes que jamás han vivido la experiencia de levantarse (bíblicamente hablando resucitar), para escuchar la armonía del universo donde todos somos uno:

Por esta razón dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo (*Ef 5,14*).

Ver, por primera vez la luz, es retrotraerse al momento primigenio de la humanidad donde al despertar se re-conoce que antes solo había oscuridad. «Y Dijo Dios hágase la luz» (*Gn 1,3*). Así comienza la historia de nuestra tradición. La historia de nuestra vida. La vida existía previamente, pero la humanidad, en la oscuridad, se encontraba muerta.

Adán pudo entonces conocer a Eva (*Gn 4,1*), antes y durante miles de años, aunque convivía con ella, no era consciente de esta hermosa compañía, carne de su carne.

Nuestra tradición nos explica el misterio de la vida a través de estas y otras míticas escenas del libro del *Génesis*.

Y ahora, en el siglo XXI, cuántos seres humanos, al margen de sus particulares creencias, continúan (continuamos), sin haber salido de la oscuridad, es decir, sin conocer, gracias a la luz, el universo del que formamos parte.

Así la vida pasa ante nosotros sin verla. Como el pez que busca el agua y muere sin encontrarla... La vida solo se nos revela cuando despertamos. Solo entonces conocemos con Adán la voz del universo. Voz a la que hemos puesto nombre: Dios.

La vida no es respirar, sino saber que respiramos y sentir cómo el aire que entra en nuestros pulmones, aunque no lo vemos, está ahí, dándonos la ener-



gía (*Ruah*), desde el instante de cada personal nacimiento y a la espera de animar, como en aquellos tiempos, eso que llamamos ánima.

Todo ese misterio al humanizarlo tiene un nombre dentro de nuestra tradición: Cristo. Él es la vida que vence a la muerte. Él, que estando en todos, nos llama a despertar para individualizarnos aquí y ahora, en nuestro tiempo; tiempo en donde la muerte nos aprisiona sin permitirnos salir del sopor del sueño profundo en el que estamos inmersos.

Qué pena, pasar por la vida, sin vivirla, sin conocerla, sin escucharla (*Shemá Israel*). El Universo se abrió a la comprensión del creyente cuando despertó en aquella noche de los tiempos en la que, hoy algunos, todavía no han (no hemos) llegado.

* * *